



LA YESCA.

(CUENTO POPULAR.)

Este era un hombre casado, á quien llamaban Juan Lanás, porque era como Dios le había hecho, y no como Dios quiere que nos hagamos nosotros mismos con ayuda del entendimiento que para ello nos ha dado.

Su mujer y él se llevaban muy bien; pero no por eso dejaban de tener de higos á brevas sus altercados por la falta de filosofía de Juan Lanás. Uno de los altercados que solían tener con más frecuencia era éste:

— ¡Cuidado que son dichosas las señoras mujeres!

— Poco más ó menos como los señores hombres.

— ¡No digas disparates, mujer!

— ¡No los digas tú, marido!

— Pero, mujer, ¿quieres comparar la vida aperreada que nosotros pasamos, trabajando como negros para mantener á la mujer y los hijos, con la que vosotras pasáis, sin más trabajo ni quebraderos de cabeza que cuidar de la casa?

— Y qué, ¿es poco trabajo ése?

— ¡Vaya un trabajo! ¡Criar tantos ó cuantos chicos, y luégo cuidar de ellos y del marido! ¡No hay duda que el trabajo es para reventar á nadie!

— Ya te quisiera yo ver en nuestro lugar á ver si mudabas de parecer.

— Pues no mudaría.

— Pues te equivocas de medio á medio: una legua andada con los piés cansa más que veinte andadas con la imaginación.

—Será todo lo que tú quieras; pero lo que yo sé es.....

—¡Qué has de saber tú, si eres un Juan Lanás!

—¡Adios, ya salió el pícaro mote!

—Los motes no los pone el que los pone.

—¡Otra te pego, Anton! ¿Pues quién los pone, si no?

—El que los merece.

—No, si á las señoras mujeres las dejan hablar.....

—No, si á los señores hombres los dejan hacer y decir disparates..... Jesus, ¡y luégo dicen que los hombres se casan! Mentira, mentira, que las que se casan son las mujeres.

El pobre Juan Lanás, no encontrando ya razones que oponer á las de su mujer, cedia á ésta el campo y se iba á ganar la vida. Era jornalero; pero cuando no tenía dónde ganar el jornal, se dedicaba á lo que salía, porque, eso sí, él, aunque de pocos alcances, era vividor, y por arte ó por parte, raro era el día que no se agenciaba para ir pasando él, la mujer y los chicos.

Un día, viendo que en Valpelado (que así se llamaba su pueblo) no había trabajo, se fué á Valboscoso, que distaba de allí cuatro leguas, á ver si allí encontraba jornal ó cosa en que pudiera ganar uno, dos ó medio.

Valboscoso era célebre en toda la comarca, porque tenía grandes encinares que producían mucha y buena yesca, de que se surtía todo el país, que carecía de árboles, porque sus naturales decían, como los de mu-

chas comarcas del interior de España, que los árboles no sirven más que para criar gorriones, y los gorriones no sirven más que para comerse el trigo.

Yo tengo en mi casa un gorrion que oyendo decir esta barbaridad á un campesino que vino á preguntarme cómo se las compondría para que lloviera con más frecuencia en su pueblo, habló por permisión de Dios y le puso de vuelta y media.

—Hombre, le dijo, permítame usted que me extrañe de verle á usted aquí.

—¿Por qué?

—Porque no sé cómo V. y los que como V. piensan no han reventado ya de brutos. ¿Con que, conviniendo ustedes en que es una gran cosa el arbolado para atraer la lluvia y la frescura sobre los campos, que sin ellas son como cuerpo vital sin sangre, aborrecen el arbolado porque favorece la cría y propagación de los gorriones? Y V., pedazo de alcornoque, ¿cree que los gorriones no servimos más que para comer trigo? La plaga principal de los campos son los insectos y sabandijas, que devoran é inficionan lo que en ellos brota, y ha de saber V. que el único remedio de esa plaga somos nosotros los pájaros, y muy especialmente nosotros los gorriones, que si gustamos del trigo, gustamos cien veces más de los insectos y sabandijas. Hombre, no sean ustedes brutos, y en vez de negarnos la hospitalidad aborreciendo los árboles que pueden darnosla, orlen ustedes de árboles sus hereda-

des, y cubran de arboledas sus colinas; inútiles para otra cosa, y así matarán ustedes dos pájaros de una pedrada (como dicen ustedes en su afán de matar pájaros hasta de boca), proporcionando á sus campos frescura y exterminadores de insectos y sabandijas.

¿Pues creerán ustedes que el campesino quedó convencido con este discurso, aunque el orador era pájaro que cantaba en la mano? Nada de eso: con insultar al orador diciéndole que tenía mucho pico, se quedó tan fresco, y sigue no plantando árboles por miedo de gorriones.

Pero volvamos al pobre Juan Lanas, y le llamo pobre porque, aunque recorrió todo Valboscoso buscando jornal de casa en casa, no encontró quien se le diera.

Volviase ya lleno de desconsuelo á Valpelado, cuando á la salida del pueblo vió un almacén de yesca, y le ocurrió comprar media arrobita para revenderla en su pueblo, dos cuartos á este, uno al otro, un ochavo al de más allá, á ver si así se ganaba dos ó tres pesetas.

Juan Lanas era desconfiadillo, por lo cual rogó al yesquero que no le engañara en el peso, advertencia que le supo al yesquero á rejalgar de lo fino, y así que hizo la compra, echó la yesca en el morral, á su vez echó el morral á la espalda, y, hala hala, continuó su camino hácia Valpelado.

Apénas echó á andar, le pareció que la yesca le pesaba muy poco, y empezó á pensar si el yesquero, en lugar de echar en el peso la pesa de

media arroba, habria echado la de cuartilla, y por consiguiente, le habria birlado la mitad del dinero que habia dado por la yesca. Con esta sospecha pasó un rato muy pícaro, y estuvo tentado de volver al pueblo á dar parte al alcalde de tan escandaloso robo; pero pensando que el ladrón del yesquero podia negar el robo, y además acusarle de calumnia, y en lugar de devolverle lo que le habia robado hacer que le plantáran de patitas en el cepo, desistió de aquella tentación y no le pesó de ello, pues cuando llegó al mojon de la primera legua ya le parecia, á juzgar por el peso de la yesca, que lo más, lo más que habria hecho el yesquero era echar en el peso la pesa de cuartilla y media en lugar de la de media arroba, y por lo tanto, lo más, lo más que le habria robado era media cuartilla, que no merecia la pena de andar en denuncias y pleitos, que cuestan un sentido con lo sanguijuela y lo trapalona que es casi toda la gente de la curia.

Cuando llegó al mojon de las dos leguas dió gracias á Dios por no haber incurrido en la ligereza de acusar de ladrón al yesquero, porque estaba ya plenamente convencido de que la yesca pesaba la media arroba que habia pagado, y decia:

— ¡Vea V. qué picara inclinación tenemos los hombres á pensar mal del prójimo! De suerte y manera, que si yo me dejo llevar del mal pensamiento que el enemigo me inspiró, calumnio al pobre yesquero, que será un hombre honrado á carta cabal, y

ademas de incurrir en la infamia de manchar la reputacion de un hombre de bien, me expongo á que me sople en el cepo por calumniador y malo... ¡Bien dicen que el diablo tiene cara de conejo!

Así pensando y así diciendo, el buen Juan Lanás continuó su camino, que por cierto nada tenía de agradable, porque hacia un sol que se asaban vivos los pájaros.

Cuando llegó al mojon de la tercera legua, le pesaba ya más que la yesca, el remordimiento de haber pensado mal del yesquero, porque ya estaba segurísimo de que éste, lejos de haberle robado nada en el peso, se habia equivocado, dándole una cuartilla de más, ó lo que es lo mismo, echando en el peso la pesa de tres cuartillas en lugar de la de media arroba.

—Pero, señor, decia, sopesando con ambas manos el morral donde llevaba la yesca, ¿cómo pude yo pensar que esto no pesaba media arroba? Estoy seguro de que la pesa que echó en el peso fué la de tres cuartillas en lugar de la de media arroba. ¡Vea V. cómo ni el más honrado y fiel de este pícaro mundo está libre de que alguno le calumnie, dejándose llevar de un mal pensamiento!

Juan Lanás, cada vez más arrepentido de la ligereza con que habia juzgado la probidad del yesquero, continuó hácia su pueblo, á cuya entrada estaba el mojon de la cuarta legua, donde descansó un poco y volvió á sopesar la yesca. Esta operacion aumentó sus remordimientos

de haber pensado mal del honrado yesquero, porque le dió el íntimo convencimiento, que habia empezado á adquirir desde la tercera legua, de que la yesca pesaba aún más de tres cuartos de arroba.

Su mujer le vió desde la ventana, y como notase que llegaba fatigado, se apresuró á bajar á su encuentro y á pedirle el morral para que subiese con ménos fatiga las escaleras.

—¿Qué traes aquí, hombre? le preguntó.

—Mujer, viendo que no encontraba dónde trabajar en Valboscoso, me dió la humorada de emplear los cuartos que llevaba en media arrobita de yesca para ver si gano uno, dos ó medio, vendiéndola aquí dos cuartos á éste, uno al otro, un ochavo al de más allá.

—Y has hecho perfectamente.

—Pero tengo que volver á Valboscoso.

—¿Y á qué santo has de volver?

—Á hacer una restitucion al pobre yesquero, que se ha equivocado, echando en el peso la pesa de arroba en lugar de echar la de media.

—¿Y qué has hecho de la media arroba que te dió de más?

—Mujer, ¿qué habia de hacer? nada; ahí viene.

—¿Qué ha de venir aquí, hombre? Esto ni siquiera pesa la media arroba.

—¡Ya! como tú estás descansada, te parece que pesa ménos.

—¡Ya! como tú estás cansado, te parece que pesa más.

Estas últimas palabras fueron un

rayo de luz para la oscura inteligencia de Juan Lanas, que guardó silencio, y apresurándose á pesar la yesca en la tiendecilla inmediata, se encontró con que pesaba media arroba justa.

—¿Lo ves, hombre de Dios, lo ves? le dijo su mujer. Eh, no sé para qué te dió Dios el entendimiento, si

no has de conocer con ayuda de él lo que mil veces te he dicho.

—¿Y qué es lo que me has dicho tú?

—Que cansa más una legua andada con los piés, que veinte andadas con la imaginacion.

ANTONIO DE TRUEBA.



AGUSTINA ZARAGOZA.

El grabado y nombre que sirven de epígrafe á estas líneas hacen latir de amor patrio el corazón de todos los españoles, porque nos recuerda un hecho imperecedero en la histo-

ria de nuestra guerra de la Independencia.

Zaragoza, la invicta Zaragoza, trasunto de Sagunto y de Numancia, fué vigorosamente atacada por los

franceses, al mando de su general Verdier, el día 1.º de Julio de 1808: la Aljafería y las puertas de Sancho, Carmen, Santa Engracia y Portillo sufrían tales daños por los cañones del enemigo, que llegó un momento en que esta última ya no pudo servir de los suyos, porque todos, todos sus defensores, yacían en derredor de ellos exánimes y sin aliento. En esta situación avanzaba una columna enemiga á entrar por aquella brecha, cuando una mujer, jóven de veintidos años, rostro de ángel y corazón de leona, lánzase con asombrosa resolución á tomar la mecha de uno de los artilleros que yacían moribundos, y aplicándola á un cañon

de á veinticuatro preñado de metralla, causó con ella horroroso estrago sobre aquella masa compacta que llegaba al pié del muro.

Aquella mujer, sola con su heroico valor, no permitió que los franceses penetráran la desamparada brecha, obligándolos, además, á una humillante retirada. Aquella mujer se llamaba, y la llamarán las futuras edades, AGUSTINA ZARAGOZA.

El general Palafox galardonó poco tiempo despues el grandioso acto de valor de la heroína con los insignias de oficial, una cruz y pension vitalicia, que las Córtes españolas, en 1859, acordaron transferir á una hija de la renombrada Agustina.

LA EXCURSION.

(ROMANCE HISTÓRICO.)

Domeñando los ardores
De un vigoroso alazan
Que donde estampa su casco
Cien chispas hace brotar;
Cuando la nocturna sombra
Quiere disiparse ya,
De Santa Fe la cristiana
Se parte el Gran Capitan.
Por si moros le sorprenden
Lleva una escolta detras,
Pues en tierra de enemigos
Cautela es necesidad.
Lo convulso de su mano,
Lo airado de su mirar,
Publican que alguna hazaña
Meditando el héroe va.

Y es así, pues cuando piensa
De Granada en la ciudad,
Murmurando sin saberlo,
Dice su labio: «Caerá.»
Salvando acequias y setos
Baja y sube sin cesar,
Hasta ver cerca, muy cerca,
A la reina del Islam.
Y no le arredra la muerte
Que le amenaza quizá,
Porque el esforzado piensa,
No en morir, sino en matar.
Ya dobla un bosque, y del alba
Con la ténue claridad,
Se despliega ante sus ojos
La córte del musulman.

Ve las torrēs de la Alhambra
 Como un ensueño ideal,
 Y el bello Generalife,
 Donde en triunfo anhela entrar.
 Ve en los muros centinelas
 Vigilando aquí y allá;
 Oye el rumor de las gentes,
 Los bridones piafar;
 Y pensando que en tal dia
 Debe haber lucha mortal,
 Como dispuso la Reina
 Con suprema autoridad,
 Lo que pasó por su mente
 Nadie referir podrá,
 Mas un punto su mirada
 Se vió relampaguear.
 Mortífero dardo en esto
 Silbando viene hácia acá,
 Y otros ciento por su lado
 Sin tregua siente silbar.
 Alguno, de su armadura
 Choca en el duro metal;
 Otro, la crin del caballo
 Roza veloz al pasar.
 Ya los jinetes de Muza,
 Que divisándole están,
 Se aprestan á perseguirle

En tropel que espanto da.
 Pero él, hincando la espuela,
 Sin palidecer su faz,
 Sigue recorriendo el campo,
 En vez de volverse atras.
 Cuando se dió por contento
 De aquella excursion marcial,
 Recobrando su sonrisa
 De grave serenidad,
 Y á sus solas murmurando:
 «Hoy premia el cielo mi afan;
 En tus altos minaretes
 Pronto la cruz brillará»;
 Pone el corcel al escape
 Hácia el cuartel general,
 Y á Santa Fe con los suyos
 Torna con velocidad;
 Y cuando sale tras ellos
 Fiero escuadron oriental,
 En remolinos de polvo
 Desvaneciéndose van.
 El combate de aquel dia,
 Glorioso, eterno será,
 Pues en él rompióse el cetro
 De Boabdil, prole de Agar.

ANTONIO ARNAO.

EL ASNO DE ORO.

(Conclusion.)

Obediente á la voz del gigante, el anciano jefe de los ciudadanos de Benisia prosiguió:

— Resueltos á poseer nuestro pollino, los de Malusia pusieron en armas un poderoso ejército y vinieron á poner cerco á nuestra ciudad, advirtiéndonos por medio de parlamen-

tarios, que si en el preciso término de tres dias no les entregábamos la preciosa bestia, tomarian por asalto nuestras murallas, entrarian á saco en la poblacion, pasarian á cuchillo á cuantos hubieran tomado las armas para resistirlos, y se llevarian, no sólo el pollino, sino todo aquello

que les viniera en voluntad, para resarcirse de los gastos de la guerra. Nuestros muros no tienen nada de inexpugnables, y reuniendo todos los hombres capaces de manejar las armas, apenas podíamos juntar la mitad de combatientes de los que formaban el ejército sitiador; siendo de advertir que dedicados constantemente nuestros hombres al ejercicio de industrias útiles y á las faenas de la agricultura, no estaban habituados al manejo de las armas, ni era

grande el número que teníamos de ellas, al paso que los de Malusia todos están educados en las artes de la guerra, que es casi su exclusiva ocupacion, y son diestros en el manejo de la espada, de la lanza y del arcabuz.

Todas estas desventajas se pesaron y se tomaron en cuenta en una gran reunion de los notables de la ciudad, que se celebró inmediatamente en presencia de nuestra princesa soberana; porque habeis de sa-



El mago Muratosis.

ber que para colmo de desdichas el Príncipe, nuestro inolvidable soberano, murió hace algunos años, sin dejar más descendencia que una jóven princesa, que segun nuestra ley heredaba su corona, y que fué reconocida sin oposicion por nuestra soberana. Ya veis que no era la jóven y delicada princesa el jefe más á propósito para guiarnos al combate.

Despues de sérias deliberaciones, resolvimos, por último, en cabildo proponer á nuestros enemigos un medio de avenencia que pudiera li-

brarnos de los grandísimos daños de una guerra, en la cual entrábamos con tantas desventajas; pues aunque bien se nos alcanzaba que la razon estaba de nuestra parte, sabiamos que las probabilidades de la lucha todas estaban en contra nuestra; porque la razon y la fuerza no siempre caminan de acuerdo. Se enviaron, pues, al campamento de los sitiadores parlamentarios con suficientes poderes para pactar una alianza, y ésta se acordó, por fin, entre los representantes de una y otra parte, con

la condicion de que nuestra princesa se casaria con el primogénito del rey de Malusia, y que en dote llevaria el codiciado pollino.

Firmáronse los tratos con toda formalidad, la comenazada guerra trocóse en una alianza que el proyectado matrimonio afianzaria de un modo estable, y el ejército sitiador levantó el campamento y se retiró á su ciudad, satisfecho y gozoso.

Pasados algunos dias, vimos entrar en Benisia una lucida comitiva

de emisarios y embajadores del rey de Malusia, presididos por su primer ministro, los cuales se desmontaron de sus briosas cabalgaduras á las puertas de palacio, y en él fueron recibidos con afectuosa cortesía por nuestra jóven princesa, á quien entregaron ricos presentes de boda de parte del príncipe, su prometido esposo.

En fin, para acabar pronto, que las bodas se celebraron al poco tiempo, con gran pompa y regocijo, y



nuestra princesa, montada en una lujosa carroza y seguida de todos los principales de ambas ciudades, se trasladó á Malusia; y lo más triste para nosotros es que el precioso pollino que tanto habia contribuido á nuestra prosperidad, era llevado en medio de su comitiva, y dejó en aflicta soledad el hermoso establo que le habiamos construido.

—Hasta ese punto no consentiré yo que se falte á la verdad, interrumpió el jefe del ejército de Malusia. En efecto, con la princesa sacamos de Benisia un asno ricamente

enjaezado, de igual alzada y del mismo pelo que tenía el que habia sido motivo de la guerra y luego de la alianza; pero la malicia de estos hombres sin fe nos habia preparado el más ignominioso de los engaños, para burlarse de nuestra natural bondad y honradez.

Llegamos á Malusia con la princesa y con el asno; la primera fué respetuosamente conducida al palacio, en compañía del príncipe, su esposo; el asno fué llevado en medio de una multitud, que se agolpaba ansiosa de ver el magnífico establo

que se le habia preparado, y allí se le ató con un ronzal de seda al pesebre que le estaba destinado, y posó sus relucientes cascos sobre una alfombra que cubria el piso, con objeto de recoger las bolas de oro con que debia pagarnos su hospedaje. Pues bien, ¿sabeis, señor gigante, lo que sucedió?..... Que al poco rato nos ensució la alfombra con el ruin estiércol que arroja de sí el vulgo de los asnos, y todo el tiempo que permaneció allí no dió de sí otro género de donativo. Considerad si cabe mayor villanía. Es indudable que en lugar de entregarnos el asno de oro, nos dieron un asno cualquiera para burlarse de nuestra buena fe.....

—Juro y perjuro por lo más sagrado, exclamó el de Benisia, que nosotros entregamos el mismo pollino que nos habia regalado el poderoso mago Muratosis, conforme á lo estipulado en los contratos de boda de nuestra querida princesa; y si en Benisia da oro y en Malusia da estiércol, nuestra no es la culpa. Hé aquí, señor, el injusto motivo de la guerra que nuevamente nos han declarado. Nuestra princesa ha sido repudiada y encerrada en una torre; nuestro precioso asno, molido á palos, da vueltas dia y noche al rededor de una noria, para regar los jardines del rey; y como veis, los que debian ser nuestros aliados, vienen contra nosotros en armada muchedumbre, amenazando arrasar nuestra ciudad y pasar á cuchillo á nuestras mujeres y á nuestros hijos.

—Y todo será poco, dijo el de Ma-

lusia, para vengar el bochornoso agravio que se nos ha inferido.

—¡Basta ya! exclamó Sicandro, imponiendo á unos y á otros silencio.

Ya estoy informado del motivo de vuestras discordias, y acabo de idear el modo de que tengan dichoso término. Puesto que el jumento en cuestion da en abundancia bolas de oro finísimo cuando está en Benisia, y sucio estiércol cuando se le lleva á Malusia, vuelvásele á su primer establo, y él volverá á prodigar el oro á espuestas; mas supuesto que se ha pactado que el provecho que dé sea para los de Malusia, que ya le poseen á título legítimo, cúidenle en su establo de Benisia palafreneros malusianos, recojan cuidadosamente el oro que deponga, y remítase todo él á disposicion del rey de aquella ciudad. De este modo los pactos tendrán debido cumplimiento, y se evitará una guerra desoladora, que sólo puede traer daños y ninguna utilidad.

—Por nuestra parte, dijo el de Benisia, no hay inconveniente en aceptar esa transaccion; así probamos la honradez de nuestras intenciones.

—Tampoco creo que por parte de nuestro soberano habrá inconveniente en que se lleve adelante ese nuevo pacto, respondió el de Malusia.

Todo parecia á punto de tener un dichoso desenlace, cuando repentinamente se oyó un terrible estruendo como el de un terremoto, entreabrióse la tierra, y apareció un horrendo personaje, con garras por piés,

cojo por más señas, con un desmesurado pico á manera de nariz, y con la cabeza á pájaros, pues de ellos iba rodeado, el cual dijo con reposado acento:

—Unos y otros sois igualmente necios. Yo soy Muratosis, el mismo que regaló á los ciudadanos de Benisia el asno que os disputais. Mientras esa inofensiva bestia esté destinada para el servicio y provecho de los vecinos de Benisia, oro será cuanto dé su cuerpo, porque todos esos honrados ciudadanos se dedican continuamente al trabajo, ése es su único cuidado y su único recreo, y en oro se les convertirá hasta el estiércol de los pollinos.

Pero los moradores de Malusia sólo piensan en la holganza y en los vicios, aborrecen el trabajo, considerándole como cosa deshonrosa, y

miéntras no cambien de inclinaciones y de costumbres, se les convertirá en estiércol lo que es oro para los pueblos trabajadores y honrados. No os molesteis, pues, en celebrar nuevos pactos. Imiten los de Malusia la constante laboriosidad de los de Benisia, y ya verán cómo el asno, símbolo del trabajo, los enriquece.

Esto dijo Muratosis, y desapareció; Sicandro aconsejó despues á unos y á otros adversarios que se volvieran á sus hogares y conserváran en su memoria las palabras del mago; y viendo que le obedecian, continuó su viaje. La historia no cuenta en qué paró el asno, pero eso no debe importarles á mis lectores; lo que les importa es grabar en su memoria las palabras de Muratosis.

P. D. MONTES.

MÚSICOS CÉLEBRES.

(Conclusion.)

THALBERG.

Thalberg nació en Ginebra el dia 7 de Enero de 1812, siendo uno de los más famosos pianistas de Europa. Segismundo Thalberg fué de distinta escuela que Listz, pero no por eso llegó á ser menos célebre. Habia

recibido su instruccion musical en Viena, y contaba apénas diez y seis años de edad cuando ya publicó unas variaciones sobre la *Euryanda* de Weber. Las fantasías, las variaciones y su original sistema de arpeggios le han hecho verdaderamente famoso.

GOUNOD.

Cárlos Gounod nació en París el 17 de Junio del año 1812. Su profesor de composición fué Paër, y su maestro de contrapunto en el Conservatorio el célebre Halévy.

El Instituto francés premió en 1839 su excelente cantata titulada *Fernando*, después de lo cual pasó á Roma y á Viena, volviendo á París. En la gran capital de Francia fué maestro de capilla; pero sus inclinaciones le alejaban de la sociedad, y llegó á hacerse sacerdote, viviendo muy retirado hasta el año de 1851, en que, sin dejar sus estudios favoritos, se dió á conocer en Lóndres. *Saffo* había sido su primera obra, á la que siguieron *Honore sanglante*, *Regina di Saba*, *Fausto* y otras.

VERDI.

José Verdi nació en Bureto, población de Parma, el 9 de Octubre de 1814. Le enseñó los rudimentos de la música el organista de su pueblo Provesi, y en 1833 no pudo entrar en el Conservatorio de Milan, porque el maestro Basili, director de aquel célebre establecimiento, decía que aquel jóven más trazas tenía de diplomático que de músico. Su principal profesor fué el maestro Lavigna, que dirigía el teatro de la Scala,

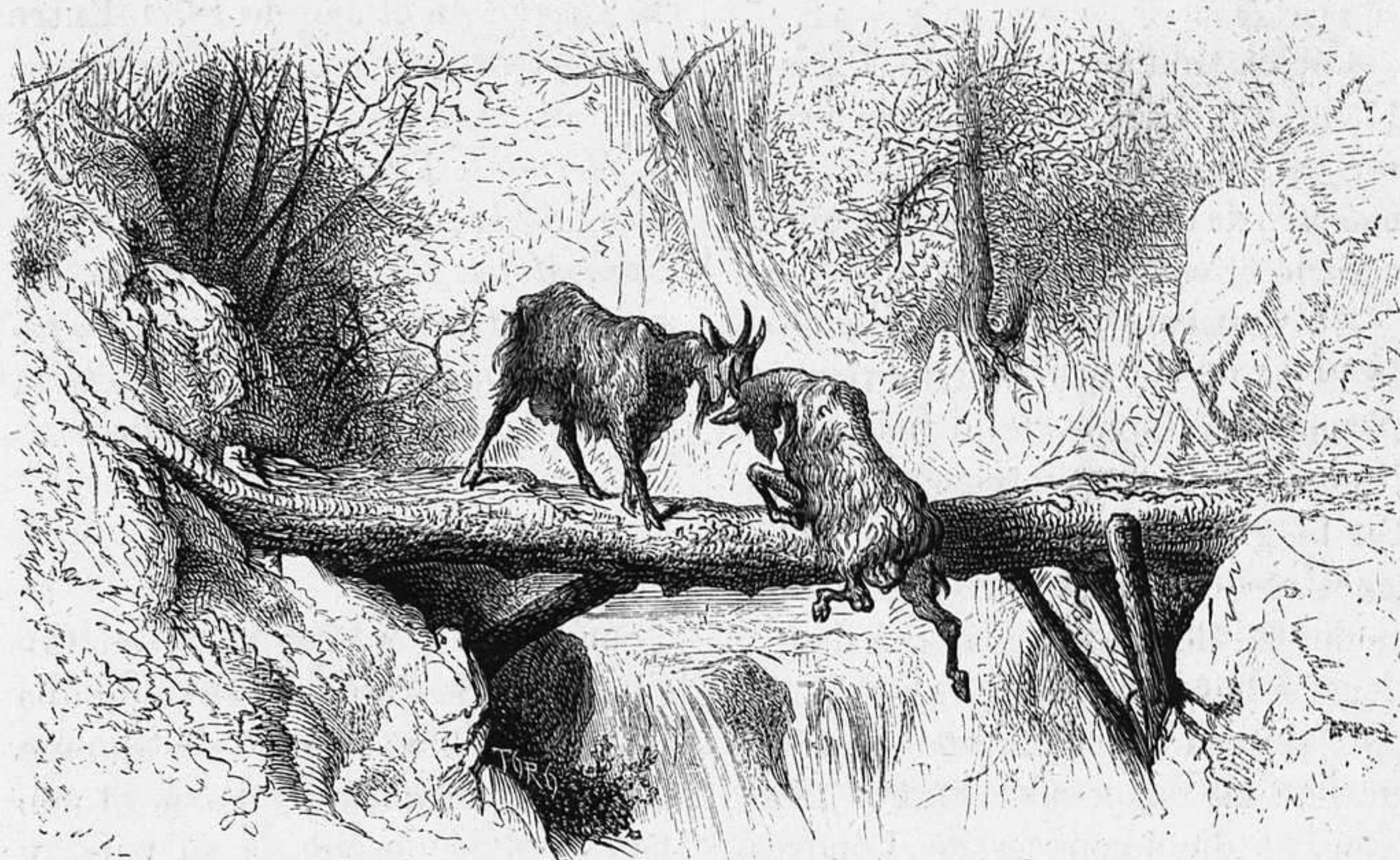
y allí dió á conocer su primera ópera, *Oberto*, en el año de 1839. Entre las mejores óperas que compuso se cuentan: *Nabucodonosor*, *I Lombardi*, *Hernani*, *I due Foscari*, *Juana de Arco*, *Attila*, *Machbet*, *I Masnadieri*, *Luisa Miller*, *Il Corsario*, *Stifellio*, *Rigoletto*, *Il Trovatore*, *Traviata*, *Visperas Sicilianas*, *Un ballo in maschera*, *La forza del destino* y *Don Cárlos*.

OFFENBACH.

Santiago Offenbach nació en Colonia el 21 de Junio de 1819 de una familia israelita, y entró de alumno en el Conservatorio de París el año 1833. Volvió después á su país, y por los años de 1842 se dió á conocer como concertista de violoncello. Queriendo marchar por un camino más nuevo ó ménos conocido, se dedicó á la ópera bufa y á las parodias y excentricidades, llegando á instalar en la capital de Francia una compañía especial de óperas de este género con el título de *Bufos parisienes*. En este género, que después ha tenido imitadores en las zarzuelas bufas en España y en otros países, compuso: *Los dos ciegos*, *El Postillon*, *Orfeo en los infiernos*, *La Gran Duquesa*, *Una noche blanca*, *Rataclan*, *Barba Azul*, *La bella Elena* y muchas otras.

FIN.





LAS DOS CABRAS.

Dos cabras, muy buenas mozas,
 Mas bastante presumidas,
 Por riscos y vericuetos
 Fueron á correr un día.
 Iban juntas, pero luégo
 Tomaron ruta distinta,
 Buscando por la montaña
 Las sabrosas florecillas.
 Ambas llegaron á un punto
 Donde un torrente vertía
 Sus aguas, brotando espuma,
 Sobre una profunda sima.
 Para salvar el torrente,
 Un rústico puente había,
 Qué era, aunque en extremo estrecho,
 De utilidad positiva.
 Las dos cabras á la vez
 Pasar por él no podían
 Sino con grave peligro
 De sufrir mortal caída.
 Y, sin embargo, empeñáronse,
 ¡Qué soberbia tan ridícula!...

En pasar las dos á un tiempo
 Por donde no se podía.
 Allí se dijeron cosas
 Que no quiero repetirlas;
 Se insultaron fuertemente,
 Y por fin de la jorfía,
 Sin querer cederse el paso,
 Se arremetieron con ira,
 Y tras un breve momento
 De contienda fratricida,
 Ambas fueron al abismo
 Y allí murieron unidas,
 Sin que nadie las pudiera
 Socorrer en su agonía.

Niños, la soberbia vana
 En la senda de la vida,
 Es siempre origen de acciones
 En que honra y vida peligran.

FRONTAURA.

JUAN Y TERESA.

Juan María era lo que generalmente se llama un niño mimado, y á pesar de que contaba ya ocho años, sus padres, que por su delicada salud le habian otorgado cuanto deseaba, no procuraban corregirle los defectos que hacian palidecer sus excelentes cualidades.

Era bueno, generoso, amante para su familia, y sobre todo idólatra de su hermanita Consuelo; pero en cambio le dominaba la pereza, era en extremo voluntarioso, y se complacia en causar daño á todos los animales, sin comprender, lectores queridos, que la Providencia no ha dotado á la tierra tan espléndidamente para que haya seres que se ensañen con los dones que nos ha prodigado.

Generalmente el castigo no se hace esperar como saludable ejemplo para los demas, y Juan María recibió una leccion, que fué la base de felicidad y ventura para otros más dignos.

Paseándose una tarde por las risueñas y pintorescas orillas del Turría, hubo de fijar su atencion en el nido de unos inofensivos pajarillos, concibiendo la idea de apropiárselo, á pesar de las amonestaciones de su criado y de los lastimeros píos de los padres, que adivinando el peligro revoloteaban en torno de sus pequeños.

¡Vano cuidado! Juan María, mo-

fándose de su dolor, y despues de haber lanzado algunas piedras, haciendo gala de su ligereza, se colgó de una rama del árbol que caia cerca del suelo, y una vez en ella alcanzó otra y siguió subiendo hasta el sitio donde se encontraba el nido.

Su brazo se extendia para alcanzarlo; la sonrisa del triunfo iluminaba su semblante, cuando la rama más alta se rompió, y Juan María, sin encontrar un punto de apoyo, cayó desde bastante altura, arañándose el rostro con las ramas, y ensangrenándose é hiriéndose en su caída, de tal modo que perdió el conocimiento.

Al recobrarlo se encontró en un cuartito limpio y aseado, y á pesar de sentirse dolorido y magullado, no pudo ménos de fijarse en una linda niña de once á doce años, que renovaba los paños empapados en árnica, propios para las contusiones, y que le atendia con cariñosa solicitud. Una mujer de más edad cosia al lado de una ventana, y de vez en cuando decia:

—Teresa, ¿cómo está, niña mia?

—Mucho mejor, mamá; ya verá usted cómo al volver el criado lo encuentra muy bien.

Efectivamente, pocos momentos despues los padres de Juan María, advertidos por el sirviente, entraban acompañados de éste y manifestaban

su gratitud por el esmero con que en aquella humilde morada se ejercía la más santa de todas las inspiraciones, la caridad.

Siendo imposible trasladarlo á su casa por el estado en que se encontraba, pues al caer se habia dislocado un pié, tuvo que permanecer en la hospitalaria casita de Teresa, en donde no reinaba la abundancia, pero sí la laboriosidad, la honradez y la pureza, adivinándose que aquella familia, si por reveses de fortuna estaba reducida á mantenerse con su trabajo, su educacion no podia menos de haber sido esmerada.

La madre de Juan María observó lo que llevamos dicho, y su sorpresa no tuvo límites cuando Teresa hizo ver que hablaba bien el frances, que escribia y contaba perfectamente, y ademas cosia y bordaba como pudiera hacerlo una profesora.

Muy pronto se estableció entre ambas madres y sus tres hijos una intimidad cariñosa, y cuando Juan María pudo ser trasladado á su casa, Consuelo dijo á Teresa:

—Muy triste me será vivir sin tí, pues en este corto tiempo te he dedicado un cariño de hermana.

—Un medio podria encontrarse para que á lo ménos pudiera verte casi con la misma frecuencia.

—¿Y cuál es?

—Que le pidieras un favor á tu mamá: yo poseo bien el frances, y como por otra parte mi pobre madre trabaja demasiado, si en vez del profesor que piensan buscar en Valencia, me concedieran enseñarte, me

dispensarian doble favor: no separarme de tí y ser útil á mi madre, que no acostumbrada á tanto trabajo podria descansar y cuidarse.

Casada con un empleado de correos, pero cuyo sueldo era muy corto, y siempre agobiados por la necesidad, se vieron un dia casi casi envueltos en la miseria.

El buen esposo y amoroso padre, despues de recurrir á todos los medios y agotar cuantos recursos encontró á su alcance, se convenció de una triste verdad: que su situacion era insostenible y que su esposa se extenuaba trabajando para ayudar á sobrellevar los reveses de la suerte.

La madre de Teresa era una mujer verdaderamente modelo de su sexo, tanto por su instruccion, cuanto porque comprendia admirablemente sus deberes, y jamas de sus labios se exhaló una queja, ni se vió en su fisonomía la menor señal de contrariedad.

Siendo cada vez mayor la desgracia que les agobiaba, aceptó la proposicion que un amigo le hizo: ir á buscar fortuna en América.

Partió, dejando á su esposa y á su hija en una casa de los alrededores de Valencia.

Mas quiso la mala suerte que al poco tiempo cayera gravemente enferma la madre de Teresa, y entonces la miseria amenazaba ser espantosa, si la niña no hubiera encontrado fuerzas sobrenaturales en su amor filial.

(Se concluirá.)

COSTUMBRES POPULARES.



LA LECCION DE CANTO.